

LA MEDICINA HIPOCRATICA Y LOS HIPOCRATISTAS
DE MEXICO*

(1578-1957)

Dr. JOSÉ JOAQUÍN IZQUIERDO

EVOCAR el ambiente reinante en la Grecia del siglo iv antes de nuestra Era, cuando la medicina ejercida por la casta sacerdotal estaba necesaria y hondamente contaminada por elementos mágico-religiosos de las religiones orientales, es antecedente necesario que de inmediato nos lleva a preguntar, con pasmosa admiración, cómo fué posible que en ambiente tan poco favorable, llegara a surgir la medicina hipocrática, con rasgos ya científicos. Sin intentar siquiera explicarlo, nos conformaremos con hacer un somero esbozo de tan magna creación y de sus originadores, pues sin él resultaría imposible cumplir con la encomienda de desarrollar ante ustedes un somero panorama de lo que ha sido la medicina hipocrática en México.

Los sesenta o setenta notables escritos médicos que se gestaron en Grecia al principiar la cuarta centuria que precedió a nuestra Era, por siglos fueron atribuidos a un solo hombre, al gran Hipócrates (*circa* 460-377 a. de J.C.) calificado por ello de *Padre de la Medicina*, de cuya existencia, por informes de su contemporáneo Platón, apenas si se sabe que nació en la isla de Cos, de familia que hacía derivar su árbol genealógico del propio Asclepios; que fué famoso e insigne, y que desplegó su mayor actividad hacia el año 400. Se le creyó ver representado en diversos bustos que guardan los museos europeos, pero tiene mayor probabilidad de represen-

* Leído en la sesión del 13 de noviembre de 1957.

entonces cuando empezaron a circular las nuevas versiones de los *médicos humanistas*, en magníficos folios de excelente obra tipográfica, salidos de las prensas de Giunti en Venecia, y de las de Froben en Basilea (figs. 1 y 2). Cuando ya sobre estas bases los estudiosos se entregaron a las tareas de comparar las diferentes obras entre sí, grande fué su desengaño al comprobar que son de índole muy diferente, y a tal grado carentes de unidad de criterio, que lo que en unas se defiende, en otras es combatido. Como esto demostró que no todas proceden de un mismo autor, hubo de convenirse en que resultaba más propio hablar de la colección hipocrática que de las obras de Hipócrates, sin por ello dejar de aceptar que éste fué un médico que alcanzó tan grande fama, que por ella, y con el tiempo, los demás autores cayeron en el olvido, y a él solo fueron atribuídos los trabajos médicos más importantes de la época griega clásica. Por lo mismo, cuando de acuerdo con la costumbre, decimos que Hipócrates observó, dijo o escribió, en realidad nos estamos refiriendo a cualquiera de los autores que contribuyeron a formar el cuerpo de la doctrina hipocrática.

Los médicos hipocráticos se aplicaron al estudio de la enfermedad con apego a un método que consistió en empezar por la observación paciente y cuidadosa de los hechos, con espíritu crítico y verdaderamente imparcial, para pasar luego a juzgarlos con la medida de la razón, nunca a impulsos del capricho o del prejuicio, y siempre con excepticismo acerca de todo lo no comprobable, para derivar de ellos las leyes que los rigen; pero sin llegar nunca a teorizar más allá de lo autorizado por los datos de la experiencia, ni por ello dejar de sentir el ansia de generalizar a partir de ésta.

Entre las admirables y precisas observaciones que nos ofrecen las obras hipocráticas, son de señalarse, en el primerísimo lugar, las relativas a los 42 casos de que da cuenta el *libro de las epidemias*, que son pequeñas obras maestras extraordinariamente parecidas a las que en tiempos más recientes empezaron a ser fijadas a la cabecera de los enfermos. Están escritas con ruda franqueza, y sin la menor tendencia a disimular las terminaciones fatales del 60% de sus enfermos, ni a vanagloriarse por pretendidos éxitos logrados. Comparadas con las curaciones maravillosas aclamadas contemporáneamente como alcanzadas en el templo de Epidauro, hacen ver el profundo abismo que mediaba entre la medicina sacerdotal y la medicina hipocrática. Se les ha criticado que fueron escritas sin emoción, pero eso no ha impedido que hayan constituido el punto de partida, tanto de la medicina clínica, como de los preceptos fundamentales de la medicina moderna.

En el libro hipocrático de los *Pronósticos* (figura 2), admirable porque

fué la expresión del novedoso concepto de Hipócrates, de que la evolución y la terminación de las enfermedades se hacen ajustadas a una *historia natural*, de tal manera definida, que por la cuidadosa observación de los enfermos, resulta posible, no sólo reconocerlas, sino anunciar anticipadamente (*pronosticar*) su terminación, hallamos descripciones geniales de dolores, fiebres, cefalea, supuraciones y deyecciones, así como la de la famosísima facies hipocrática, anunciadora de muerte próxima.

En el tratado sobre *Aires, Aguas y Lugares*, que fué el primero que llegó a existir sobre salubridad, geografía médica, climatología, fisioterapia y balneología, consideró Hipócrates sus observaciones más generales acerca de los factores determinantes de la enfermedad: las estaciones, los vientos, las diversas clases de aguas, la situación de las ciudades, la naturaleza de los suelos, los modos de vivir de los hombres, los efectos del ejercicio físico, etc., tal como lo hace saber, al darle principio con las siguientes, admirables palabras: "1. Quien desee investigar adecuadamente en medicina, deberá proceder así: considere en primer lugar, la estación del año y los efectos que produce... después, los vientos, el calor y el frío, particularmente los comunes a todos los países y luego los peculiares a cada localidad. Considere también las cuestiones de las aguas; la situación de la ciudad, cuya influencia no es la misma según quede al norte o al sur, hacia donde el sol nace, o hacia donde se pone;... si las aguas que usan los habitantes son pantanosas, blandas o duras, si llegan de lugares elevados o de pozos, o si son saladas e impropias para cocinar;... si el suelo es desnudo y deficiente en agua, o boscoso y con bastante agua, o si está en hondonada, en situación confinada. Considere además, el modo como viven los habitantes y sus tareas; si son afectos a comer y beber con exceso; si son dados a la indolencia, o les agradan el ejercicio y el trabajo... 2. Quien sepa bien la mayor parte de estas cosas, no dejará de conocer la enfermedad particular de ese lugar, ni la naturaleza particular de sus epidemias". En cambio, no llegó a hablar de la contagiosidad de éstas, que al parecer era popularmente admitida, a juzgar por los relatos que hizo Tucídides, de la peste de Atenas.

Consecuente con su pensamiento acerca de las causas de las enfermedades, fué muy natural que al entrar a discutir las de la epilepsia, tenida entonces por divina, Hipócrates declarara que para él no era ni más divina ni más sagrada que las demás enfermedades, sino de causa natural, y que el origen divino que le era atribuído, sólo era debido al asombro que provocaba. Por haber dejado sentada la doctrina de que todas las enfermedades son debidas a causas naturales, Hipócrates debe ser reconocido como el autor

de la más grande de las revoluciones de la historia de la medicina, que por vez primera le dió el carácter de ciencia.

El libro de los *Aforismos* (figura 3), que siempre ha sido tenido por la esencia de la terapéutica y de la ética médica, ha dado lugar a verdaderas bibliotecas de comentarios, y muy particularmente debe ser admirado por la maestría con que fué realizado en pocas líneas de sorprendente concisión.

El libro sobre *Régimen* en las enfermedades agudas, es admirable por la suavidad de los medios curativos que Hipócrates propuso, movido en gran parte por la genial idea de que el médico debe antes que nada, ayudar al poder curativo o restaurador de las fuerzas de la naturaleza (*Vix Medicatrix Naturae*), y nunca llegar a contrariarlo con medicamentos o tratamientos inoportunos.

Hasta los libros sobre *Traumas de la cabeza, fracturas y articulaciones*, son de tan alta calidad técnica, que los cirujanos de muchos siglos no

llegaron a comprender sus preceptos, ni siquiera pudieron ejecutar sus operaciones.

HIPPOCRATIS COI LIBER

APHORISMORVM, IANO CORNARIO Medico Physico interprete.

SECTIO PRIMA.



ITA brevis ars longa, tempus præcept, experimentũ periculosum, iudicium difficile. Oportet autẽ non solum: scisplũ exhibere quæ decent facientem, sed etiam agrotum, & præfentes, & quæ externa sunt. 11. In perturbationibus alui, & uomitibus sponte fientibus, si quidẽ qualia purgari oportet purgẽtur, confert, & leuiter ferũt: Sin minus, iuce uersa. Sic & ualorum uacuatio, si quidẽ talis fuit, quæ his fieri debet, confert, et bene ferunt: Sin minus, iuce uersa. In spicere itaq; oportet regionem, & tempus, & ætatem, & morbos, in quibus conuenit, aut non.

FIG. 3. Principio del libro de los *Aforismos*, en la edición de Froben.

de superficie; sin verdaderos conocimientos de fisiología, en su sentido más genuino de dinámica de las funciones, y sin nociones acerca del contagio, Hipócrates haya logrado elevar la medicina hasta un plano muy alto, verdaderamente científico, que después perdió por espacio de siglos, y ya no volvió a alcanzar sino hasta tiempos muy recientes.

Tenemos dicho que con haber señalado a nuestra primitiva Facultad de Medicina, para sus estudios, las obras de Hipócrates, se le asignaron las mejores fuentes de información a que por entonces podía acudir para obtener los conocimientos más avanzados de la época.²

Se cayó, sin embargo, de acuerdo con la rutina reinante en la Universidad Mexicana, al igual que en las de España, en el vicio de que los textos hipocráticos fuesen recitados de memoria y con poca meditación, pasándose en cambio, por alto, el propósito de que sirvieran para promover la obser-

El libro *de Médico*, destinado a dar a éste reglas de conducta, y el famoso Juramento que dió bases éticas a la profesión, son otros valiosos componentes de esta serie.

Es verdaderamente sorprendente que con conocimientos muy limitados de anatomía, que casi no pasaban de los de la anatomía

vacación cuidadosa y exacta de los enfermos. Desde el siglo XVI, el doctor don Francisco Vallés (1524-1592), uno de los más ilustres mantenedores de la tradición hipocrática que tuvo España, ya había lamentado que existiera tan lamentable vicio. Pero cuando ya había meditado el siglo XVII, «vno ilustre hipocrataista español, don Andrés Piquer (1711-1772), seguía todavía recomendando a la juventud médica que no dejara los libros hipocráticos de las manos y que los leyera de continuo, para aprenderlos de memoria.³

En la Real y Pontificia Universidad de México, los estudios médicos establecidos por sus Constituciones, intocadas durante siglos, hasta principios del XIX exigieron, como única cátedra acerca del estudio de las enfermedades, la llamada de *Vísperas*, que debía tener como base los textos hipocráticos, sin que, a lo que parece, esto haya dado lugar durante las tres centurias del llamado período colonial, a versiones ni a comentarios impresos acerca de ellos.

Hasta que ya iniciado el siglo XIX, estaba próximo el fin de nuestra dependencia política de la metrópoli española, fue cuando dos médicos criollos, el doctor don Luis José Montaña y el doctor don Manuel Carpio, fueron inteligentes cultivadores de la medicina hipocrática, y la hicieron objeto de producciones impresas, a las cuales pasamos a referirnos a continuación.

Al brillantísimo criollo mexicano, nuestro admirado precursor, el doctor don Luis José Montaña (1755-1820), tiene dedicadas el que habla, tres obras, una fundamental, *Montaña y los Orígenes del Movimiento Social y Científico de México*,⁴ en la cual analizó sus pensamientos y acciones con relación al estado evolutivo del ambiente social, médico y científico de su tiempo, y dos complementarias, *El Hipocratismo en México* (1955)⁵ y *El Brounismo en México* (1956).⁶

Baste aquí recordar,⁷ que aunque por su condición de exposito tuvo el doctor Montaña vedado el ingreso a las instituciones de enseñanza superior, la inteligencia y la afición que reveló por el estudio desde sus primeros años, le abrieron sucesivamente las puertas del *Colegio de San Pedro*, de su ciudad natal, Puebla, y de la *Real y Pontificia Universidad de México*, de la cual obtuvo los diplomas de Bachiller en Artes (1771) y de Bachiller en Medicina (1774). Se le dió *Carta* para el ejercicio de su profesión en 1777, y en 1792 y 1793, respectivamente, alcanzó los grados de Licenciado y de Doctor en Medicina. En el acto solemne que sustentó para alcanzar el primero de éstos, el 24 de mayo de 1792, en la hermosa sala capitular de nuestra catedral metropolitana (figura 4), le tocó hacer las interpretaciones

vacación cuidadosa y exacta de los enfermos. Desde el siglo xvi, el doctor don Francisco Vallés (1524-1592), uno de los más ilustres mantenedores de la tradición hipocrática que tuvo España, ya había lamentado que existiera tan lamentable vicio. Pero cuando ya había mediado el siglo xviii, otro ilustre hipocratista español, don Andrés Piquer (1711-1772), seguía todavía recomendando a la juventud médica que no dejara los libros hipocráticos de las manos y que los leyera de continuo, para aprenderlos de memoria.³

En la Real y Pontificia Universidad de México, los estudios médicos establecidos por sus Constituciones, intocadas durante siglos, hasta principios del xix exigieron, como única cátedra acerca del estudio de las enfermedades, la llamada de *Vísperas*, que debía tener como base los textos hipocráticos, sin que, a lo que parece, esto haya dado lugar durante las tres centurias del llamado período colonial, a versiones ni a comentarios impresos acerca de ellos.

Hasta que ya iniciado el siglo xix, estaba próximo el fin de nuestra dependencia política de la metrópoli española, fué cuando dos médicos criollos, el doctor don Luis José Montaña y el doctor don Manuel Carpio, fueron inteligentes cultivadores de la medicina hipocrática, y la hicieron objeto de producciones impresas, a las cuales pasamos a referirnos a continuación.

Al brillantísimo criollo mexicano, nuestro admirado precursor, el doctor don Luis José Montaña (1755-1820), tiene dedicadas el que habla, tres obras, una fundamental, *Montaña y los Orígenes del Movimiento Social y Científico de México*,⁴ en la cual analizó sus pensamientos y acciones con relación al estado evolutivo del ambiente social, médico y científico de su tiempo, y dos complementarias, *El Hipocratismo en México* (1955)⁵ y *El Brownismo en México* (1956).⁶

Baste aquí recordar,⁷ que aunque por su condición de expósito tuvo el doctor Montaña vedado el ingreso a las instituciones de enseñanza superior, la inteligencia y la afición que reveló por el estudio desde sus primeros años, le abrieron sucesivamente las puertas del *Colegio de San Pedro*, de su ciudad natal, Puebla, y de la *Real y Pontificia Universidad de México*, de la cual obtuvo los diplomas de Bachiller en Artes (1771) y de Bachiller en Medicina (1774). Se le dió *Carta* para el ejercicio de su profesión en 1777, y en 1792 y 1793, respectivamente, alcanzó los grados de Licenciado y de Doctor en Medicina. En el acto solemne que sustentó para alcanzar el primero de éstos, el 24 de mayo de 1792, en la hermosa sala capitular de nuestra catedral metropolitana (figura 4), le tocó hacer las interpretaciones

y explicaciones que tenemos relatadas en otro lugar,⁸ acerca de la pequeña historia clínica de Metón (figura 5) del Libro I de las *Epidemias*, que traduciremos así:



4

HIPPOCRATIS COI DE MOR^{PH}
 BIS POPVLARIEVS LIBER I. IANO COX
 nario Medico Phycico interprete.
 SECTIO TERTIA. AEGROTI QVATVORDECIM.
 AEGROTVS VII 408

Metonē febris uehemens corripuit, lumborū grauius dolorosa. Posttridie ubi aquam bibisset satis multā, ab aluo probe prodijt. Tertia capitis grauitas. Secreſſus tenues, bilioli, ſubrubi. Quarta omnia exacerbara ſunt. Fluebat à dextra nare bis ſanguis modicus. Noctē moleſte ſuſcit. Secreſſus ſimiles tertiae diet. Urinae ſubnigrae, habebant quiddam in medio innatans, ſubnigrū, diuulſum, non ſubſidebāt. Quinta effluxit ex ſiniſtra nare ſanguis largus, ſeruus. Sudaui. iudicatus eſt. Poſt iudicationem inſomnis, delirabat. Urinae tenues, ſubnigrae. Capitis loſionibus eſt dormiuit, reſtipiſcebat. Huius recidua facta non eſt. Sed ſanguis erupit ſepe etiam poſt iudicationem.

5

FIG. 4. La hermosa sala capitular de la Catedral Metropolitana de México, en la cual Montaña dió lectura a la pequeña historia clínica de Metón, y la comentó.

FIG. 5. La pequeña historia clínica del libro I. de las *Epidemias*, tomada del mismo libro en que Montaña la leyó para su acto de licenciatura en la sala que aparece en la figura 4.

AVISOS IMPORTANTES

**SOBRE EL MATLATLTZAHUATL,
 O CALENTURA EPIDEMICA MANCHADA
 QUE PASA A SER PESTE
 Y QUE ES FREQUENTE EN ESTA N. E.
 CON UN MODO SENCILLO Y FACIL
 DE SOCORRER A LOS ENFERMOS
 DONDE NO HAYA MEDICOS QUE LES ASISTAN,
 Y CUYA EFICACIA Y SEGURIDAD
 SE EXPERIMENTO EL AÑO DE 1813,**

En que el Autor Dr. D. Luis Montaña fué comisionado por el Superior Gobierno y por el Exmó. Ayuntamiento para establecer y dirigir el método dentro y fuera de la Capital.

MÉXICO: 1817.

Imprenta de D. Mariano de Zúñiga y Ontiveros, calle del Espíritu Santo.

FIG. 6. Portada de la obra de Montaña sobre la epidemia de fiebres, de 1813.

“Meton fue atacado de ardorosa
 ”fiebre; se quejaba de muy doloro-
 ”sa pesadez de lomos. El segundo
 ”día, después de haber ingerido
 ”agua con cierta abundancia, tuvo
 ”una evacuación normal. El tercer
 ”día tuvo la cabeza pesada y eva-
 ”cuaciones intestinales tenues, bi-
 ”liosias y rojizas. El cuarto día, todo
 ”se exacerbó. Por la abertura na-
 ”sal derecha, dos veces fluyó san-
 ”gre, con corto intervalo. Pasó
 ”mala noche; las evacuaciones in-
 ”testinales fueron como en el tercer
 ”día, la orina oscura, con cierta
 ”turbidez oscura que flotaba en su
 ”seno, pero sin sedimento. Al quin-
 ”to día salió con violencia, por la
 ”nariz izquierda, sangre pura; el
 ”enfermo cayó en sudor y la en-
 ”fermedad quedó resuelta (hizo

"crisis). Después de la resolución, quedó sin poder dormir; hablaba desatinadamente y arrojó orina flúida y algo oscura. Con hacerle abluciones de agua sobre la cabeza, durmió y se despertó con el entendimiento ya claro. Este enfermo no tuvo recaída, pero después de la solución (crisis) "tuvo todavía hemorragias nasales".

En los años que siguieron, Montaña intentó en vano obtener una cátedra⁹ y se dedicó con interés al examen clínico de los enfermos y a observar en los del *Hospital de Naturales* y del *Hospital de San Andrés*, las acciones medicamentosas de las plantas mexicanas.¹⁰ También en vano

⁴
los espíritus los hace olvidar los escolios de las ciencias, y abrazando sus diferentes ramos los fructifica en provecho y utilidad del público.

En el seno de las academias es en donde registrándose el gran libro de la naturaleza, ya unos ventilan sus fenómenos y demarcan las leyes de la existencia, ya otros advierten las enfermedades y designan los medicamentos, ya estos analizan el cuerpo y patentizan sus diferentes partes, ya aquellos en fin velan las funciones de la economía viviente y demuestran el problema de la vida.

De todas estas ventajas tan brillantes tenemos un argumento poderoso en las academias extranjeras; véase la eficacia con que se entregan á unos trabajos peligrosos; admírese el entusiasmo

nos que haber sido efecto de la arbitrariedad porque son una misma ciencia, que mira à un mismo objeto: à mas la medicina deja de ser conjetural y presenta un aspecto verdadero con la anatomía que es una parte esencial de ella. *Dicc. de Cienc. Médic.*

⁵
con que defienden las tesis que derriban opiniones erróneas, atábase la fatiga con que desentrañan del centro de los cadáveres la verdadera causa de las afecciones morbosas, y por último confírmese el fruto de todo esto en las memorias publicadas, en las que el mundo literario encontrando la verdad de mostrada con los hechos, y los hechos ratificados con la experiencia, les tributa el merecido homenaje con sus alabanzas.

Si hacemos mención de los hombres mas célebres en la medicina veremos que casi todos están condecorados con el nombre de académicos, y leyendo las obras que los inmortalizan hallaremos que estas encierran las opiniones y fundamentos que antes habian vertido en sus academias.

Convencidas las Sociedades de los beneficios que brotan de estas corporaciones públicas, no escusan su poder y valimiento para sostenerlas, los gobiernos por sus miras filantrópicas se constituyen apoyo y fundamento de ellas, y los potentados desparamando su benevolencia las utilizan en favor

Fig. 7. Dos de las primeras páginas de la Introducción de los *Avisos* de Montaña.

trató de dar vida, en 1802, a la primera Clínica Médica que llegó a existir en México.¹¹

De que en todo esto procedió por inspiraciones sacadas de sus modelos hipocráticos, podemos enterarnos por sus propias palabras acerca de los enfermos de la epidemia de 1813,¹² de los cuales y con el título de *Avisos* (figura 6), empleado en el antiguo sentido de noticias dadas con el propósito de ilustrar, dejó asentado (figura 7) que lo que le había movido a escribir, había sido "la orgullosa satisfacción de haber podido leer por sí mismo, en la Nueva España, la historia de las enfermedades en el gran

libro abierto de la naturaleza, al igual que Hipócrates lo había hecho en Grecia, al estudiar las epidemias. También lo hizo, porque vió que la generalidad de los médicos, por no haberse formado sobre el modelo de Cos, ni estar familiarizados con los escritos del Padre de la Medicina y “a pesar de ser catedráticos universitarios”, en la epidemia habían creído ver anomalías y complicaciones “que sólo eran prestigios de la imaginación y así los de la ignorancia”. Apegado a la doctrina hipocrática, Montaña pensó que la

D. O. M.

PRAELECTIONES ET CONCERTATIONES MEDICAE
PRO HIPOCRATIS MAGNI APHORISMIS
EX VERSIONE ANUTHI FOESII
IN USSUM SCHOLARIS IUVENTUTIS
AD IMPLENDAS STATUTAS A. V. LEGES
CXXIV. CXLVIII. CXLIX.
CCLVI. CCLV. INTERPRETANDE.
PRAESIDE
ALOYSIO IOSEPHO MONTANNA D. M.
SANCT. FID. TRIBUN. MEDICO AC MINISTRO.
REGAL. ACADEM. MEDIC MATRIT. SOCIO.
REG. PROTOMEDICAT. DECANO
REGAL. GEN. NOSOCOMIOR. CARCERUMQ. MEDICO
REG. AC PONTIF. UNIVERSIT.
MEDICINAE PUBLICO PROFESSORE VESPERTINO.

(D. L. A. R.)
 MEXICI: M. DCCC. XVII.
Apud Marianum Zunigam & Oniverium,
in via Spiritus Sancti.

8

LECCIONES PRELIMINARES Y DISCUSIONES MEDICAS
 EN FAVOR DE LOS AFORISMOS DE HIPOCRATES EL GRANDE
 DE ACUERDO CON LA VERSION DE ANUTIO FOESIO
 PARA USO DE LA JUVENTUD ESCOLAR
 PARA CUMPLIR CON LAS CINCO CONSTITUCIONES ESTABLECIDAS
 CXXIV CXLVIII CXLIX CCLVI Y CCLV E INTERPRETARLAS
 LAS DEFIENDE
 LUIS JOSE MONTASA DOCTOR EN MEDICINA
 MEDICO Y MINISTRO DEL SANTO TRIBUNAL DE LA FE
 SOCIO DE LA REAL ACADEMIA DE MEDICINA DE MADRID
 DECANO DEL REAL PROTOMEDICATO
 MEDICO DEL REAL HOSPITAL GENERAL Y DE LA CARCEL
 PROFESOR PUBLICO VESPERTINO DE MEDICINA
 EN LA REAL Y PONTIFICIA UNIVERSIDAD

Verdadas al castellano
 Por J. J. Izquierdo

MEXICO: M. DCCC. XVII.
Por Mariano Zúñiga y Ontiveros,
en la calle del Espíritu Santo.

9

FIG. 8. Portada de las *Praelectiones* del Doctor Montaña.

FIG. 9. Portada de la versión castellana de las *Praelectiones* de Montaña, que forma parte de la obra *El Hipocratismo en México*, citada en la nota 5.

epidemia había estado regida por una constitución particular, y por “alguna de aquellas revoluciones de los elementos que periódicamente promovían en los órganos fuerzas purificantes que provocaban, ya fuese las benéficas evacuaciones que la sabia Antigüedad había calificado de despumaciones, o bien de la fiebre, medio de mejorarse el hombre; indisposición preservativa, remedio de mil dolencias”. Por lo mismo, pensó que si el mal reinante cundía, no era porque unos individuos contagiasen a otros, sino porque todos los atacados estaban expuestos a las mismas condiciones ambientales,

y que si los individuos resultaban afectados diversamente, era tan sólo por sus modos diferentes de vivir.

Por muy destacado que sea este aspecto de Montaña, como hipocratista es todavía más notable el que le resulta por el gallardo empeño que puso en tratar de demostrar que la sabiduría hipocrática estaba sancionada por las ciencias modernas y sus métodos, de lo cual nos dejó constancia en la

61.

“qualia expedit prodeant, & aeger facile ferat. Atque ubi ad animi defectionem usque educere oportet, id etiam faciendum si aeger sufficere queat.”

APHORISM. XX. V. SECT. I.

“Quum purgantur quae purgari decent, coofert, & facile tolerant, ubi contra accidit, difficulter.”

APHOR. XLIV. SECT. I.

“In morbis acutis raro & per initia medicamentis purgantibus utendum, idque diligenti ante adhibita circumspectione faciendum.”

APHOR. II. SECT. IV.

“In medicamentorum purgantium usu, qualia etiam sponte prodeuntia utilia sunt, talia & corpore educere oportet; quae vero contrario modo prodeunt, cohibere.”

APHOR. III. SECT. IV.

“Si quae purgari decet purgentur, coofert, & leviter ferunt, contra vero graviter.”

CXLVII. Praenotandum praeter prima rerum, principia; secundaria, elementa utidem vocata, acurate cognoscenda superesse. Sicut autem illa, ultima; sic ista, prima analysi chemica examinanda. Valde utilem hanc doctrinam, ut hodiernum tradidit, accipite, AA., prius in mentem revocatis quae de basibus & principiis (XLI, XLII.) indicavimus, utpote quum eorundem numero,

FIG. 10. Una página de las *Praelectiones* de Montaña, que hace ver la forma en que agrupó los *Aforismos*, para el estudio de diversas cuestiones.

de este modo de trabajar, demostrar que la sabiduría hipócrita resultaba sancionada por los principios fundamentales del arte de curar, que le parecieron no ser otros que los de la novísima fisiología funcional, inspirada en la Física y en la Química, que vislumbró que ya empezaba a ser edificada con la ayuda de los mismos métodos observacionales e investigativos de las demás ciencias. Acerca de éstos, Montaña dejó consignados al principio de sus Lecciones y en otras ocasiones,¹⁶ valiosos consejos cuya lectura todavía puede resultar provechosa para la generalidad de los médicos de

fracción de sus *Praelectiones* (figuras 8 y 9) que logró dejar impresas en 1817,¹³ cuando se vió forzado a abandonar la cátedra de *Visperas* de la Antigua Facultad de Medicina, que sólo llegó a servir de manera fugaz.¹⁴

De acuerdo con las constituciones universitarias, Montaña debió impartir dicha cátedra, tomando como base los *Aforismos* hipocráticos. Cumplió con lo preceptuado con originalidad y habilidad notorias, y logró separarse de la rutina reinante:¹⁵ 1) al preferir como fuente de información superior a los textos usados oficialmente en la Universidad, la versión de Anutio Foessio (1595); 2) al tomar a los *Aforismos* por grupos (figura 10) de los relacionados con las cuestiones que se propuso discutir, en vez de hacer que fueran recitados en el orden de su numeración, de acuerdo con la rutina reinante, y 3) al buscar, como remate

nuestros días. Particularmente nuestros investigadores, nunca deberían olvidar el de acudir siempre a la observación como el único medio de templar los fogozos excesos de la teoría, para con ello evitar los peligros por él descritos pintorescamente, al recordar a los jóvenes médicos, que muchos de los que se habían internado en el bosque, impulsados por la ilusión de perseguir a una hermosa ninfa, habían ido a caer sobre un deforme sátiro.

El otro gran hipocratista mexicano que debemos recordar, es don Manuel Carpio (1791-1860), quien, cuatro años después de haber recibido en

**AFORISMOS
Y PRONÓSTICOS
DE
HIPÓCRATES**

*Seguidos del artículo Pectoril-
quo del diccionario de ciencias
médicas. Traducidos al castella-
no, los primeros del latín, y el
último del francés*

Por MANUEL CARPIO.

*Con la adición del artículo Per-
cusion de pecho traducido del
mismo diccionario*

Por JOAQUÍN VILLA.

MEXICO: 1823.
Oficina de D. Mariano Ontiveros.

*Hipócrates era hombre, y
á veces se engañó como todos. B.*

*Se vende en la librería de
Galván portal de Agustinos.*

FIG. 11. Portada de la pequeña obra de don Manuel Carpio (1823), y página a la vuelta.

Puebla título de Cirujano Latino, y cuando acababa de alcanzar grado de Bachiller en Medicina en la Universidad de México, publicó en 1823 un pequeño volumen (figura 11) con dos versiones suyas del latín, una de los *Aforismos* (figura 12) y otra de los *Pronósticos* (figura 13) de Hipócrates, que logramos hacer publicar como parte de una pequeña obra,¹⁷ para hacer notar que sirvieron a Carpio para hacer sus primeros intentos de reforma médica.

Carpio hizo esas versiones, no sólo como un tributo de la admiración que sentía por el ilustre Padre de la Medicina, sino para que sus textos,

que seguían siendo básicos para la enseñanza de la antigua Facultad, pudiesen ser comprendidos por médicos y estudiantes, cada vez más ignorantes de la lengua latina. Ya tenemos dicho¹⁸ que su esfuerzo resultó doblemente revolucionario: Primero, porque con haber puesto a Hipócrates en lenguaje diferente del que estaba prescrito, lo cual probablemente no se le hubiera tolerado durante el régimen colonial, contribuyó de modo muy efectivo a desterrar de los colegios y de la Universidad el uso del latín, que si reco-

Sección primera. 1

AFORISMOS.

SECCION I.

La vida es breve, el arte largo, la ocacion fugitiva, la experiencia peligrosa y difícil el juicio. No solo el médico debe obrar lo conveniente, sino tambien el enfermo y los asistentes: todo lo demas ha de coadyuvar.

2. En las deyecciones y vómitos espontáneos si se purga lo debido aprovecha y si no, no. descargar los vasos debidamente es útil y se tolera, y si no, no. Y así toméense en consideracion la region, tiempo, edad y enfermedades en que convenga ó no evacuar.

3. La robustez atlética llegando al maximo es peligrosa, pues no puede ser estacionaria, y no pudiendolo ser ni progresar, se deteriora. Y así débese luego abatir la robustez, para nutrir el cuerpo de nuevo. Ni se debilite tampoco demasiado, por que es peligroso,

12

Fig. 12. Principio de la versión castellana de los *Aforismos hipocráticos*, hecha por don Manuel Carpio (1823).

Fig. 13. Principio de la versión castellana de los *Pronósticos*, hecha por don Manuel Carpio (1823).

55

PRONÓSTICOS

DE HIPÓCRATES.

LIBRO PRIMERO.

PROLOGO.

Me parece muy bien que el médico se dedique á pronosticar; porque en realidad, conociendo y pronosticando delante de los enfermos lo pasado, presente, y futuro, y aun exponiendo lo que estos omitan en su narracion, se creará por un lado, que el médico ha penetrado completamente la enfermedad, y por tanto los enfermos se entregarán con confianza en manos del profesor, y por otro, enterado de antemano de los padecimientos futuros atacará el mal con mas ventaja. Sannár á todos los enfermos es imposible por cierto: esto seria mas que cono-

13

noció que había sido bello y correcto en Cicerón, e insinuante y mágico en Virgilio, para entonces ya le parecía innecesario, intolerable, fastidioso, repugnante y mantenedor de la pedantería de hablar una lengua cuyas formas idiomáticas se desconocían.¹⁹ En segundo lugar, a la vuelta de la portada, para que lo vieran bien los lectores, Carpio les advirtió que Hipócrates había sido hombre, que al igual que los demás hombres, se había equivocado, por lo cual no debía seguir siendo tenido como oráculo infalible, como en el pasado.

Siete años más tarde, Carpio empezó a actuar como el componente más destacado de aquel benemérito grupo de médicos que con perseverante y tenaz esfuerzo empezaron a promover nuestra gran reforma médica en 1830, para llevarla a su madurez en 1836, y cosechar los primeros frutos en 1838,²⁰ en buena parte a resultas de uno de sus aspectos constructivos más notables de reformador, que fué el de haber sido nuestro primer catedrático de fisiología, con apego al *Précis* de François Magendie (1783-1855) que ya ofrecía los primeros balbuceos de la ciencia moderna experimental, de la cual él fué temprano ejecutante en México.²¹

Ni entonces, ni en todos los años que siguieron, dejó Carpio de actuar como médico sagaz y como profundo observador clínico, inspirado en modelos tan altos como el gran Hipócrates y su gran revividor Thomas Sydenham (1624-1689), aquel inglés que por no encontrar en los escritos de los colegas de su tiempo frutos de verdadera experiencia, prefería leer a Cicerón y el *Quijote*, producto éste de admirable y aguda observación. Sin embargo, como reformador, no vaciló en sostener que ya no era el tiempo de que los libros hipocráticos siguieran sirviendo de base para la enseñanza, e Hipócrates ya no encontró su viejo trono en el nuevo Colegio Médico de 1833.

Cuando al año siguiente la clausurada Universidad fué restaurada para que impartiera estudios "que completaran y perfeccionaran los de los Colegios",²² la antigua cátedra de *Visperas* también fué restaurada, como de Medicina Hipocrática, pero sin dar lugar a consecuencias que obliguen a modificar la conclusión de que el reinado tradicional de Hipócrates llegó a su término en México, en 1833.

Cabe repetir, sin embargo, lo dicho en otra ocasión:²³ que aunque sus obras ya no sean usadas en ninguna Facultad Médica como obras de texto, su espíritu se esconde todavía en la fraseología que los maestros emplean a la cabecera de los enfermos y en muchas de sus enseñanzas, aun cuando de ello a veces ni ellos mismos se lleguen a dar cuenta. Sus frases son repetidas a diario, sin saber que son valiosa herencia del pasado, que representa el rendimiento máximo de quienes se empeñaron en mejorar sus conocimientos sobre la enfermedad, carentes de datos de anatomía, de fisiología humanas y de patología, y únicamente con la ayuda de un método que luego se identificaría con el de la inducción científica.

Por eso, porque florezca entre nosotros la causa de que la enseñanza de la medicina debe descansar sobre bases científicas cada vez más amplias, recientemente quedó presentado ante ustedes, y la Academia lo hizo suyo luego,²⁴ un proyecto para que nuestra nueva casa en esta Ciudad Univer-

sitaria, levante al gran originador de la Medicina Científica, una digna estatua, que al par que bello y noble ornamento, sea para maestros y alumnos faro y símbolo que de modo permanente les señale la ruta por seguir.

Departamento de Fisiología de la Facultad de Medicina de la Universidad Nacional Autónoma de México, a 6 de noviembre de 1957.

BIBLIOGRAFIA

1. Véase esta *Gaceta*, tomo lxxxvii (1957), páginas 577-684.
2. Izquierdo, J. J. 1934. *Balance Cuatricentenario de la Fisiología en México*. México, Ediciones Ciencia, vi + 358 págs. ilustrs. 24 cms. Páginas 21 a 31.
3. Véase Izquierdo, J. J. 1949. *Raudón, Cirujano Poblano de 1810. Aspectos de la Cirujía Mexicana de principios del siglo XIX en torno de una vida*. Con un prefacio del Dr. Max Neuburger, Decano de los Profesores e Investigadores de la Medicina; creador y Director del Instituto de Historia de la Medicina del Josephinum, de Viena, etc. Libro de 302 págs. de 17 × 23.2 cms., con 72 figuras, una de ellas en tricromía. Ediciones Ciencia, México, D. F. Páginas 91 a 100.
4. Izquierdo, J. J. 1955. *Montaña y los orígenes del movimiento social y científico de México*. Con un prefacio de Henry E. Sigerist. Ediciones Ciencia, México, D. F. xvi + 444 páginas. Empastado en tela.
5. Izquierdo, J. J. 1955. *El Hipocratismo en México*. Con una reproducción facsimilar de las Lecciones del Dr. Montaña, seguida de su versión castellana. Imprenta Universitaria, México, 268 págs.
6. Izquierdo, J. J. 1956. *El Brownismo en México*. Un estudio crítico seguido de la primera edición de la versión castellana que hizo en México hacia 1800, el doctor don Luis José Montaña, de los Elementos de Medicina del Dr. Juan Brown. Imprenta Universitaria, México, D. F. 314 páginas.
7. Véase 4, páginas 9 a 54.
8. Véase 4, páginas 92 a 110.
9. Véase 4, el capítulo vii (páginas 111-120).
10. Véase 4, páginas 200-204.
11. Véase 4, páginas 205-211.
12. Véanse en 4 los capítulos xiii (páginas 279-297) y xix (págs. 369-386).
13. En 5 se encontrará, tanto una reproducción facsimilar de las Praelectiones (páginas 31-140) como su versión castellana, hecha por Izquierdo (páginas 141-263).
14. Véanse en 4, los capítulos xv (páginas 307-315) y xx (págs. 387-391).
15. Véase todo el capítulo xviii de 4, (páginas 331-368).
16. Véase 4, páginas 168-177.
17. Izquierdo, J. J. 1956. *Carpio y los Primeros escritos del México independiente en pro de la reforma médica*. Con reproducciones facsimilares de la obra publicada en 1823 por los doctores Don Manuel Carpio y Don Joaquín Villa para poner a Hipócrates en lengua vernácula, aunque declarándolo falible, y para dar a conocer los nuevos métodos de exploración física. Imprenta Universitaria, México, D. F. 202 págs.
18. En 17, páginas 26-28.
19. Ibid.
20. Véase 4, páginas 414-427.
21. Véase 2, páginas 162-171.
22. Nuevo plan de estudios de 1834. Título iii, párrafo 73, y título iv, párrafo 80. Publicado en *El Telégrafo*, periódico oficial del gobierno de los Estados Unidos Mexicanos. Tomo vi, número 74, del 13 de noviembre de 1834. Páginas 3 y 4.
23. En 2, página 39.
24. Véase esta *Gaceta*, artículo citado en 1.